

la divina gracia, no podía, á pesar de todo, ponerse en duda la posibilidad de una enmienda. Todavía se hallaban copiosamente en todas partes, los elementos sanos que hubieran podido ir gradualmente eliminando aquellos combustibles; y si en lugar de semejante proceso saludable; si en lugar de la reforma en la cabeza y en los miembros, anhelada por todos los buenos, sobrevino la catástrofe histórica que por de pronto arrancó á una gran parte de Alemania, y con el tiempo toda una tercera parte de Europa, del centro de la unidad eclesiástica; pareció ya á los contemporáneos haber sido esto un juicio de Dios, cuya longanimidad se había agotado. El aseglaramiento del clero y del episcopado, y el espíritu mundano de los papas, debían ser castigados y forzados á purificarse y corregirse por una férrea necesidad.

Mas con los pastores pagaron también los pueblos; Europa perdió el más precioso de sus bienes: la unidad de la fe. En lugar de la única Iglesia católica universal se formó, sobre la base territorial ó nacional, una abigarrada madeja de comunidades religiosas, pequeñas ó grandes, divididas y separadas de mil maneras entre sí, con nuevas doctrinas, nuevas constituciones y nuevas formas de culto. Y todas aquellas iglesias territoriales, populares ó nacionales, estaban solamente de acuerdo en rechazar el primado del Papa, y someter la resolución de lo más augusto y santo que hay entre los hombres: sus relaciones con Dios, al arbitrio de la autoridad civil, á los magistrados de las ciudades, á los príncipes ó á los reyes.

El sacudimiento, que repercutió asimismo en todas las relaciones sociales y en las ciencias y en las artes, fué incalculable; pues todas aquellas cosas estaban íntimamente enlazadas con la antigua Iglesia. Sólo pocas instituciones eclesiásticas del tiempo anterior quedaron intactas en medio de aquel violento divorcio de todo el pasado. Lo que durante quince siglos enteros, desde los días de los Apóstoles, había sido para millones de almas la paz y el consuelo supremos en la vida y en la muerte; lo que innumerables mártires y santos habían sellado con sus heroicos sacrificios y hasta con su misma sangre; lo que los más geniales artistas y sabios habían ilustrado y glorificado en sus obras inmortales;—todo esto se menospreció y destruyó como invención humana y fraude diabólico. Todas las armas que ofrecía la nueva época, se emplearon con apasionado furor contra las doctrinas é

instituciones de la antigua Iglesia, y de su centro, la Sede Apostólica, que tantas bendiciones había derramado sobre los pueblos, aun desde el punto de vista cultural. Un inmenso diluvio de insultos, estampados en centenares y millares de folletos y caricaturas, se derramó sobre los eclesiásticos y seculares, sobre las personas instruídas y las ignorantes. Los adalides de las novedades religiosas desplegaron en este respecto una actividad casi sobrehumana; y sobre todo Lutero, nunca pudo hartarse bastante de pelear contra la Iglesia de sus padres. «¡Oh queridos amigos, escribía por año nuevo de 1526; comencemos otra vez á escribir, versificar, rimar, pintar! ¡Sea desventurado quien en esto se mostrare tibio! Pues falta todavía mucho, para que hayamos declamado, escrito, cantado, versificado y pintado lo suficiente contra el Papado.»

Aunque sangrando por millares de heridas, y contristada por la pérdida de sus más nobles miembros en una gran parte de Alemania y de Suiza, de los reinos Escandinavos y de Inglaterra, la antigua Iglesia se mantuvo, no obstante, firme en aquella borrasca (1); antes bien precisamente entonces se mostró á vista de ojos, cuán enérgica sea la fuerza divina que en ella vive. Cuando en la época del infeliz pontificado de Clemente VII, los apuros llegaron al grado sumo, y todo parecía perdido, se manifestaron las primeras señales de salvación; y ésta venía de allí donde todo el mundo estaba más lejos de esperarla: de las mismas entrañas de la Iglesia, que parecía á muchos condenada á irremediable ruina.

Todavía en los últimos años de León X había nacido en Roma el «Oratorio del Amor divino»; y de aquella asociación que estimulaba á muchos excelentes eclesiásticos y seculares á la fervorosa práctica de religiosos ejercicios y obras de cristiana caridad, debía tomar principio la reforma católica.

Dos miembros del «Oratorio del Amor divino», Gaetano di Tiene y Juan Pedro Carafa, fundaron una nueva Orden de clérigos regulares: los Teatinos, estableciendo con esto una escuela y plantel de excelentes obispos. Lo propio que Carafa en Roma

(1) He aquí el juicio que emite Macaulay en su bosquejo «Sobre la Iglesia católico-romana» (traducido al alemán por Creizenach, 2.^a edición, Francfort 1870, p. 10), escrito en 1840. «Si consideramos, dice, las terribles embestidas, de que ha salido con vida la Iglesia romana, hallamos difícil de concebir, de qué manera habría de estar destinada á perecer.»

y Nápoles, el apacible, prudente y grandemente erudito, Juan Mateo Giberti, en otro tiempo miembro asimismo del «Oratorio del Amor divino», desplegaba siendo obispo de Verona una actividad tan extensa como decisiva en el terreno eclesiástico y social. El desinteresado celo de aquellos varones, y principalmente las incomparables obras de Giberti, excitaron á otros á semejantes trabajos: algunos obispos italianos comenzaron á imitar sus virtudes pastorales y sus reformas.

Mano á mano con estos reformadores católicos, y fieles á su máxima: que los hombres se han de reformar conforme á la religión, y no la religión conforme á los hombres; algunos varones llenos del espíritu divino tomaron sobre sí, primeramente en Italia, la difícil empresa de reformar las cosas eclesiásticas, alentados por Clemente VII y favorecidos por las circunstancias de la época; pues el horror de las guerras, principalmente las atrocidades del sacco de Roma, habían llenado los ánimos de muchos de graves sentimientos y conducíolos al conocimiento de lo único necesario. Mientras en las antiguas Ordenes religiosas, por muchos conceptos tan relajadas, se despertaba un vivo celo de reforma, surgían al mismo tiempo nuevas fundaciones del género de los Teatinos. Paulo Giustiniani reformaba á los Camaldulenses, Egidio Canisio á los Eremitas de San Agustín, Gregorio Cortese á los Benedictinos de Monte Cassino, Francisco Lichetto á los Franciscanos Observantes. Un noble veneciano, Jerónimo Miani, fundaba en el Norte de Italia, para alivio de las miserias corporales y espirituales, la Congregación de Somasca. El cremonense Antonio María Zaccaría daba principio en Milán á una Congregación de clérigos regulares, llamados en sus comienzos Hijos de San Pablo, y más adelante Barnabitas. Mateo da Bascio, de Umbria, preparaba el nacimiento de la Orden de los Capuchinos, que después de superar muy diversas dificultades, había de alcanzar tan grande importancia para la reformación moral y religiosa de la vida del pueblo.

Mientras nacían estas asociaciones, preparaba Ángela de Merici (la cual halló también aliento y fortaleza en Clemente VII) la obra de su vida: la congregación de religiosas que habían de elevarse al cielo por medio de la oración y el sacrificio: la Orden de las Ursulinas. Al propio tiempo reunía Ignacio de Loyola en París, en el templo de Montmartre, á los primeros individuos de

la Compañía de Jesús, milicia espiritual que había de ponerse incondicionalmente á disposición de la Sede Apostólica, para llevar al cabo la reformación y restauración católicas.

A la verdad, nadie sospechaba entonces que estas fuentes de nueva vida, que brotaban en los más diversos lugares, habían de crecer en breve tiempo hasta formar una poderosa corriente, la cual, derramando bendiciones por todas partes, iba á purificar y rejuvenecer así la Iglesia como el Papado. Todos aquellos comienzos de una beneficiosa transformación de la Iglesia, obraban al principio, parte ocultamente, parte en tan limitados círculos, que á vista de la corrupción moral y la extensión de la apostasía, á la muerte de Clemente VII, parecía inevitable á la mayoría de los contemporáneos la completa destrucción de la Iglesia, ya tan gravemente perjudicada por los infieles y por los herejes (1).

A todo esto se agregaba todavía la difícil situación de los Estados pontificios; pues, aun cuando en Roma, por efecto de las providencias oportunamente tomadas, se conservó en lo substancial el orden (2), en varias de las ciudades de los Estados de la Iglesia estallaron, sin embargo, nuevas turbaciones (3).

En medio de una tan violenta y peligrosa situación, abrióse á 11 de Octubre de 1534 el conclave, al cual acudieron 35 cardenales (4). Sólo uno de aquellos príncipes de la Iglesia, Alejandro

(1) En la obra de que se dará un juicio especificado más abajo (capítulo II), escribía Juan Bautista Caccia lo siguiente en 1534: *Spectabam enim animo summum illum Asiae imperatorem Christi hostem Christianis cervicibus iminentem, intuebar Germanicam secessionem, revocabam ad memoriam meam sanctam matrem ecclesiam, quae priusquam Mahumetana tetra tartaroeaque caligo Asiam Africamque occicaret, humanum omne genus suo sanctissimo gremio complexa est, nunc in has Europae angustias coactam, in diversas sententias distractam, scissis fractisque articulis ita deformatam, ut ad interitum properare videatur. Cad. Vat. 3659, f. 5. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. Gayangos, V, 1, n. 93, 98. Las relaciones boloñesas se hallan en Accame 15-17; Alberini 384 s.; cf. en el apéndice n.º 1, el *despacho de F. Peregrino de 24 de Agosto de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y los de L. Sergardi de 27 de Septiembre y 1 de Octubre de 1534 (*Archivo público de Sena*). Sobre la sede vacante v. también Blasius de Martinellis en Gatticus, 442 s.

(3) Cf. Saggiatore I, (1844) 22 ss.; Fumi, Legaz. del card. Medici 80 s., y el *breve á Uberto Pallavicini, fechado el 25 de Febrero de 1535; Arm. 41, t. 50, n. 4. *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. Blasius de Martinellis y Firmanus en Gatticus 325 ss. Sobre el número de los electores, v. *Diarium en el Cod. Vitt. Em. 269, f. 260 de la *Biblioteca Vittorio Emanuele de Roma*, y Pagi, Breviar. VI, 1. La entrada en el conclave se efectuó según P. P. Gualterius hora 13 ¼. XII, 58, f. 335. *Archivo secreto pontificio*.

Farnese, procedía aún de Alejandro VI, y otro, Mateo Lang, había sido nombrado por Julio II; todos los demás debían la púrpura á los dos Papas Médici; pero entre las hechuras de León X y Clemente VII reinaba, sin embargo, tan poca unión, y estaban tan poco compactos, que venían á ser impotentes. La actitud de muchos cardenales fué hasta el fin bastante indecisa. El embajador de Sena, Ludovico Sergardi estimaba, á 8 de Octubre de 1534, que el partido italiano se componía de nueve cardenales: Pucci, Salviati, Ridolfi, Médici, Cibo, Spínola, Grimaldi, Cupis y Cesi. Como cuatro cardenales de nación italiana (Gaddi, Trivulzio, Sanseverino y Pisani) seguían el partido de los franceses, cree el mencionado narrador que el número de los partidarios de Francisco I ascendería á doce. Pero un francés, el cardenal Castelnau de Clermont, no llegó, sin embargo, á tiempo á Roma, de suerte que su voto quedó perdido (1). Igual fuerza que la de los franceses tenía, conforme al juicio de Sergardi, el partido imperial, formado de dos españoles (Merino y Quiñones), dos alemanes (el arzobispo de Salzburgo, Lang, y el príncipe obispo de Trento, Cles) y siete italianos (Piccolomini, Cesarini, Vicente Carafa, Palmieri, Hércules Gonzaga, Doria y Campegio). Pasaban por neutrales Farnese, Ferreri, Cornaro, Grimani y Accolti (2). Pero ya dos días más adelante anuncia Sergardi, que Pal-

(1) Castelnau no llegó á Roma hasta el 21 de Octubre; v. la *relación de L. Sergardi de 23 de Octubre de 1534 (*Archivo público de Sena*) y el *diario de un francés existente en el Cod. Barb. lat. 3552, f. 55^b de la *Biblioteca Vaticana*. Según indica Sergardi en la *relación de 8 de Octubre, los cardenales franceses eran 8, pero en el conclave sólo se contaban 7, como se saca de las *Ephem., que se hallan en el Cod. Vat. 6978, las cuales al 5 de Octubre, notifican: *Ingressi sunt Romam 7 cardinalis Galli (Biblioteca Vaticana)*. Según la misma fuente (sobre la cual cf. Pogatscher en el *Repert. f. Kunstwiss.* XXIX, 399), Lang y Cles entraron en Roma el 8 de Octubre. Los mismos datos se hallan en P. P. Gualterius, XII, 58, f. 335 (*Archivo secreto pontificio*). V. también Fumi, Legaz. 79.

(2) *Relación de L. Sergardi, fechada en Roma á 8 de Octubre de 1534, existente en el *Archivo público de Sena*. (En la cifra se nombran sólo 8 italianos, pero en la adjunta lista de los nombres particulares se citan 9.) Sobre los candidatos observa Sergardi: *Ogniuno vorria el papa a suo modo. Li Franzesi per quel che si vede hanno in conto Ivrea e Sanseverino, l'imperatore S. Croce, Bari, Siena e Campegio avanti che s'intendesse la cattura del figlio. La setta de li Italiani vorrebbero Pucci, Cibo, Cesi et anco il Camarlengo, benche si pensa che questa setta de li Italiani in conclavi non habbi da esser unita, ma andar ciaschuno dove ben li verrà. Sobre Campegio escribe Sergardi el 6 de Octubre: *Un figlio del card. Campegio andava in Francia per far offerte al Re da parte del padre e guadagnarsi li voti de li cardinali Francesi.

mieri se inclina más á los franceses y Doria á los italianos; al paso que Grimani y Accolti propenden del lado de los imperiales (1). Que ya entonces pasara Accolti por partidario de Carlos V, se colige también de una relación del cardenal Hércules Gonzaga de 10 de Octubre de 1534, la cual se diferencia, sin embargo, en varios puntos de las informaciones de Sergardi. En ella aparecen íntimamente aliados, Grimani, Cesarini, Salviati y Ridolfi, cuyas negociaciones con los imperiales no llegaron á dar resultado. Acerca del partido italiano, observa el cardenal Gonzaga, se jacta de disponer de diez votos; pero en realidad no tiene más que cuatro. Respecto del partido francés, da el cardenal las mismas noticias que Sergardi (2).

Era adalid de los franceses el enérgico cardenal Juan de Lorena, por más que Tournon dirigía las negociaciones con los otros individuos del conclave (3). Los partidarios de Francisco I se mantenían firmemente unidos, y ponían manos á la obra con gran previsión, ocultando solícitamente cuál fuera su candidato; y no manifestaron públicamente otra cosa, sino que excluirían á cualquiera español ó alemán, y asimismo á cualquiera italiano adicto á los imperiales, como Campegio y Piccolomini (4).

Para la libertad del conclave fué de grande importancia haberse producido en aquel tiempo cierto cansancio político, que siguió, como por natural necesidad, después de los violentos acaecimientos del pontificado de Clemente VII. El temor manifestado por algunos, ya en los últimos días de Clemente VII, de que la oposición entre los partidos francés é imperial podría conducir á un cisma (5), resultó felizmente infundado. Francisco I comprendió ser imposible la elección de un cardenal abiertamente adicto á Francia, y declaró contentarse con un candidato neu-

E stato preso da Antonio da Leyva. Il card. Campegio non lo confessa e non lo nega, ma dice che non ne sa niente. *Archivo público de Sena*.

(1) *Relación de L. Sergardi de 10 de Octubre de 1534. *Archivo público de Sena*.

(2) Cf. en el apéndice, n.º 2, la relación del cardenal Hércules Gonzaga de 10 de Octubre de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), la cual se diferencia con mucha ventaja de la relación optimista de Sánchez (citada por Wahrmond 255).

(3) V. la relación del obispo de Aosta en Petrucelli II, 3.

(4) V. en el apéndice n.º 2, la *relación del cardenal Herc. Gonzaga de 10 de Octubre de 1534.

(5) Cf. el *despacho de F. Peregrino de 24 de Agosto de 1534, en el apéndice n.º 1. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

tral como Farnese (1), dejando enteramente á sus partidarios la realización de sus deseos. Tampoco el Emperador Carlos V intentó influir poderosamente, y se contentó en substancia con amonestar, que los cardenales tuvieran ante los ojos la dignidad de la Santa Sede, y juntamente la paz de la Cristiandad, y dieran sus votos á una persona imparcial. El embajador imperial designaba en este concepto, además de Cornaro, Ferreri y Grimani, asimismo á Farnese; notando, sin embargo, que no tenía acerca de ningún candidato encargo particular de su Señor. De esta suerte, la acción de las dos grandes Potencias rivales se redujo en esta elección, á que el rey Ferdinando I, creyendo obrar conforme á los deseos de su hermano, dió instrucciones á su encargado de negocios en Roma, para que trabajase con todas sus fuerzas por la elección del cardenal Bernardo de Cles (2); de los otros Estados ninguno desplegó una actividad digna de mención para influir en los electores.

El cardenal Hércules Gonzaga describe la situación de las cosas la víspera del conclave, diciendo, que no había ninguna probabilidad de ser elegido un francés ó algún imperial, como tampoco alguno de los italianos que abiertamente seguían el partido de Francisco I ó de Carlos V; y que, en las circunstancias políticas y eclesiásticas, por demás difíciles, del momento, sólo era posible un Papa neutral como Farnese ó Cornaro (3). Según todas las relaciones, era Farnese el que tenía mayores probabilidades (4); los franceses, y principalmente Trivulzio uni-

(1) Cf. el despacho de G. Feruffini en Capasso, Política I, 4.

(2) V. Bucholtz IX, 125; Wahrmond 255; Lanz II, Nr 381; Gayangos V, 1, n. 85, 89, 92, 98, 100; Sägmüller 170, f. 229. Sobre la conducta del embajador imperial Cifuentes, v. también la * carta de Herc. Gonzaga de 10 de Octubre de 1534 en el apéndice, n.º 2. El pensamiento de la elevación de Cles fué sugerido por Vergerio; v. su ** memoria «in materia electionis pontificis» (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*), de la que obtuve una copia del profesor Floss.

(3) *Carta de 10 de Octubre de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*); v. apéndice n.º 2.

(4) Cf. Guicciardini, Op. ined. IX, 309; Papazzoni en Accame 19 y la relación de Fr. Saraceni publicada por Capasso, Política I, 8. Peregrino participa ya en 26 de Septiembre de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) las grandes esperanzas de Farnese, y asimismo G. Busdraghi en 26 de Septiembre de 1534 (*Archivo público de Luca*). L. Sergardi escribe en 27 de Septiembre de 1534, que en las apuestas se nombra en primer lugar á Farnese, y en el segundo á Piccolomini. En 10 de Octubre comunica Sergardi: *Circa le scommesse Farnese va in cielo che oggi è ito a 50 per cento e li altri stanno terra terra, pur il papa lo fanno li cardinali e non i mercanti con le scommesse (*Archivo públi-*

do con ellos, trabajaban fervorosamente por él; y los demás italianos, y asimismo los imperiales, por lo menos no se oponían á su candidatura (1); á pesar de lo cual, juzgaba Hércules Gonzaga que el mencionado cardenal debía ser elegido presto, pues de lo contrario le sucedería lo mismo que en el conclave que siguió á la muerte de León X (2).

Alejandro Farnese decano del Sacro Colegio, al cual pertenecía hacía ya cuarenta años, no sólo era el más anciano, sino también espiritualmente el más señalado de todos los cardenales. Ni aun sus enemigos le negaban una inteligencia penetrante, una formación exquisita, gran prudencia y habilidad diplomática. En medio de las apasionadas parcialidades entre los cardenales imperiales y franceses, había acertado, con maravilloso arte, á mantenerse en una posición independiente; y aun cuando estaba muy bien con los cardenales franceses, favorecióle, sin embargo, grandemente, con los imperiales, haberse pronunciado antes muchas veces, y principalmente después de la muerte de Clemente VII, por la convocación de un Concilio universal, y con esto, por la realización de una reforma de las cosas eclesiásticas (3).

El difunto Papa había designado varias veces á Farnese como el más á propósito para sucederle, y rogado instantemente á su sobrino el cardenal Hipólito de' Médici, que procurara para este varón los votos de sus amigos; pues ningún otro, en todo el Sacro Colegio, era tan apto para conservar la dignidad de la Sede Pontificia y regir al propio tiempo la Iglesia y sus Estados (4). Esta recomendación produjo impresión profunda en Médici y en sus amigos (5), y respecto de los cardenales jóvenes fué de gran peso la circunstancia de ser ya Farnese de edad de 67 años; lo

co de Sena). V. también la * carta de Peregrino de 10 de Octubre de 1534. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. las * relaciones de Gerardo Busdraghi de 3 y 10 de Octubre de 1534. *Archivo público de Luca*.

(2) V. el n.º 2 del apéndice; cf. además la relación publicada por Fumi, Legaz. 79.

(3) Cf. Soriano en Albèri, 2 Serie, III, 313; Brewer-Gairdner VII, n. 1262, Conclavi de Pontef. I, 211 s.; Sägmüller 170 y nuestros datos del vol. X, p. 95.

(4) V. Gayangos V, 1, n. 85; Jovius, *Historiae* lib. 32; Guicciardini, *Storia* XX, 2. Las dudas de Accame 4 s., no están justificadas.

(5) *Il rev.^{mo} de Medici è stato in grandissimo aiuto et de principali a fare questa creatione, escribe desde Roma F. Peregrino al duque de Mantua, el 17 de Octubre de 1534. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

cual, junto con su salud, al parecer quebradiza, no permitía esperar que viviera mucho tiempo. Sobre todos ejerció además un influjo favorable, la índole conciliadora y distinguida, que era propia de dicho cardenal (1); y mientras tan diversas razones abogaban por Farnese, pesó mucho también en su favor la falta de otros cardenales que fueran espiritualmente eminentes y al propio tiempo neutrales (2).

Ya por dos veces (en los conclaves de donde salieron elegidos León X y Adriano VI) había estado Farnese muy próximo á la suprema dignidad; y en éste, finalmente, llegó su hora. No parecía sino que era ya el Papa electo cuando entró en el conclave, y contra el conocido proverbio, salió también elegido de él. Luego al principio originóse todavía, sin embargo, una nueva dificultad: el cardenal Tournon sostenía, que los franceses, por la conciencia que tenían de su poder, habían de hacer una tentativa para atar á Farnese en lo tocante á la política; habíasele de manifestar, que no podría conseguir los votos de los franceses sino á condición de comprometerse á entregar á Francisco I el Milanésado. Pero Tournon no pudo salir adelante con este proyecto (3).

Ya en la tarde del 12 de Octubre, se esparció por la Ciudad el rumor de haber sido Farnese elegido Papa, con tal determinación, que el pueblo quería saquear en seguida su palacio. Sin embargo, los romanos no pudieron todavía alcanzar la certidumbre, por haberse cerrado el Borgo, con el fin de evitar que penetrasen en el conclave grupos de hombres armados (4).

Aquel rumor se fundaba en la verdad: la elección de Farnese se había decidido tan rápidamente, que apenas puede decirse que hubo conclave.

Ya en la primera reunión de los cardenales, en la mañana

(1) Cf. Guicciardini XX, 2.

(2) Esto lo encarece especialmente Hérc. Gonzaga en su *relación de 6 de Noviembre de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*); v. apéndice n.º 4.

(3) Para corregir la *relación de Sánchez, de 12 de Octubre de 1534 (*Archivo particular, de palacio y público de Viena*), cf. además la *carta del cardenal Hérc. Gonzaga de 6 de Noviembre de 1534, existente en el Cod. Barb, lat. 5788, f. 25^b s. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Segunda *relación de Sánchez de 12 de Octubre de 1534, loc. cit., y las *Ephem. del Cod. Vatic. 6978, f. 137. V. también la *carta de L. Sergardi de 13 de Octubre de 1534 (*Archivo público de Sena*) y la nota manuscrita procedente del cardenal P. Cesi, que se halla en las Ephem. impresas de la *Biblioteca Vaticana* (Impresos 1. R. IV, 1898).

del 12 de Octubre, se manifestó el prepotente influjo de Farnese cuando, á pesar de la oposición de Campegio (1), se aprobó su propuesta de que la votación no fuera secreta. También se prescindió esta vez de redactar una capitulación electoral (2). Después del mediodía reunió Juan de Lorena á los cardenales franceses, y en nombre de su Rey les propuso la elevación de Farnese al Pontificado; y aun cuando Tournon opuso algunos obstáculos contra una resolución inmediata, verificóse ésta, sin embargo, conforme á la voluntad del cardenal de Lorena. El resultado se comunicó á los italianos afectos á Francia, cuyo jefe, Trivulzio, había trabajado ya antes fervorosamente en favor de Farnese (3); y al cardenal Hipólito de' Médici que perseguía el mismo fin. Después los franceses se dirigieron, acompañados de Médici, á comunicar á Farnese su elevación á la dignidad suprema de la Iglesia, y el sobrino de Clemente VII fué el primero que le hizo su acatamiento como Papa. Luego que el cardenal de Lorena hubo obtenido la aquiescencia de los cardenales imperiales, se congregó todo el Sacro Colegio en la capilla de Nicolao V, donde Piccolomini, que era, después de Farnese, el más antiguo de los cardenales obispos, promulgó la elección (4). Para observar la forma, procedióse todavía, sin embargo, á un escrutinio formal en la mañana del 13 de Octubre, y entonces Campegio, que el día antes había negado su voto á Farnese, se unió finalmente á los

(1) Esto lo menciona Busdraghi en su *carta de 14 de Octubre de 1534. *Archivo público de Luca*.

(2) V. la relación de A. M. Papazzoni de 13 de Octubre de 1534, en Accame 20, y además Firmanus en Gatticus 330 (en vez de 11 hay que leer 12, como también lo tiene el manuscrito del *Archivo secreto pontificio* XII, 26, f. 16^b).

(3) Cf. arriba p. 34 y la relación del cardenal Hérc. Gonzaga de 12 de Noviembre de 1534. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. la *narración circunstanciada del cardenal Hérc. Gonzaga de 7 de Noviembre de 1534 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), en el apéndice n.º 4. Según esta relación auténtica, debe rechazarse la narración de los Conclavi de Pontefici I, 209 ss. (repetida en las inseguras relaciones de conclave manuscritas, como también en la relación publicada en la *Zeitschr. für Kirchengesch.* V, 619 ss.), de que Trivulzio, en unión con Médici, efectuó en el conclave la elevación de Farnese *con oposición del cardenal de Lorena*. Para la crítica de los Conclavi v. también Sägmüller 59, 170. El pacto entre Farnese é Hipólito de' Médici difícilmente es auténtico, pues el cardenal Hérc. Gonzaga no refiere nada semejante. Tampoco dice nada de esto A. M. Papazzoni, cuya relación de 13 de Octubre (publicada por Accame 20) concuerda en lo esencial con Hérc. Gonzaga; como ni tampoco Busdraghi en su *carta de 14 de Octubre de 1534. *Archivo público de Luca*.

demás (1). Hacía mucho tiempo que ningún conclave había procedido con tanta rapidez y unanimidad (2).

El nuevo Papa, que tomó el nombre de **Paulo III**, procedía de un antiguo y distinguido linaje de los Estados pontificios, cuyo origen fué, según unos, lombardo y, según otros, francés (3). Las posesiones de los Farnese se extendían al sudoeste del lago de Bolsena, en un país volcánico, famoso por sus vinos. En la historia de Viterbo (4), y principalmente en la de Orvieto, representan los señores de Farnese un gran papel ya desde el siglo XII. Cuando el Papa Adriano IV llegó fugitivo á Orvieto en el año de 1154, recibióle Prudencio Farnese, como representante de aquella ciudad; Pepo Farnese suscribió en el año de 1177 la paz de Venecia, en nombre de los habitantes de Orvieto (5); y asimismo se confiaron á los miembros de aquella familia elevadas dignidades eclesiásticas. Guido Farnese consagró la catedral de Orvieto en 1309, siendo obispo de dicha ciudad (6).

(1) Cf. Blasius de Martinellis en Gatticus 327; *Diarium card. Camerarii en el *Archivo secreto pontificio* XII, 58, f. 332; Brewer-Gairdner VII, n. 1262; Notariatsaufzeichnung en Gori, Archivio IV, 254.

(2) Cf. la carta del cardenal Salviati, de 15 de Octubre de 1534, en Carte Strozzi. I, 186.

(3) Cf. F. M. Annibali, *Notizie storiche della Casa Farnese*, Montefiascone 1817-1818, 2 voll., y *Dei Farnesi dalla storia ined. di Ronciglione* del can. G. Carabelli, Firenze 1865 (obra muchas veces muy insegura). V. también Moroni XXIII, 193 y Frangipane, A. Farnese. La historia de los Farnese de F. Oederici, que se halla en Litta, *Famiglie celebr. ital.* es el modelo de lo que no deben ser las genealogías, como dice muy bien Reumont (*Allgem. Zeitung* 1877, Supl.º n.º 30). Soriano (Albèri, 2 serie, III, 320) hace mención del origen francés, con un «si dice». Es del todo incierta la historia de la familia, en tanto que ésta no sale del estrecho círculo de los negocios de su tierra natal. Una colección de noticias genealógicas, procedente en su mayor parte de los tomos de registros desde Benedicto XII, se halla en las **Varia ad Cam. Ap. spect. Arm.* 37, t. 40, f. 259 s. del *Archivo secreto pontificio*. V. *ibid.* f. 17 los datos reunidos por Contelorus y Arm. 6, c. 6, n. 20: **Bullae, instrum. et script. ill. dom. de Farnesio*. El escudo de Paulo III muestra 6 lirios azules en campo de oro, los cuales primitivamente eran jacintos; v. Pasini Frassoni, *Essai d'armorial des Papes*, Rome 1906, 34; sobre su emblema con la leyenda *Festina lente*, v. Barberi III, 379; la divisa del nuevo Papa era: *Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis*.

(4) En un *breve á los magistrados de Viterbo, tocante al restablecimiento de la tranquilidad en esta ciudad, con fecha 10 de Noviembre de 1534, dice Paulo III, que los Farnese son cives antiquissimi de Viterbo. *Min. brev.*, Arm 40, t. 49, n. 484. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Fumi, Orvieto 99 ss.; cf. Fumi, *La prima entrata di Paolo III in Orvieto*, Orvieto 1892, 5.

(6) V. Ughelli I, 1473.

Los más de los individuos de aquel vigoroso linaje se consagraron á la carrera militar, y como fervorosos güelfos, permanecieron fieles al lado de los papas, los cuales premiaron sus servicios con feudos y otras muestras de favor. Lo propio hizo el cardenal Albornoz (1), pues los Farnese, aun durante la cautividad de Aviñón, pelearon muchas veces en favor de la Santa Sede. Más adelante hizo inmortalizar sus bélicas hazañas el joven cardenal Alejandro con los numerosos frescos de su magnífico castillo de Caprarola. Pier Nicola Farnese es celebrado allí como quien conservó, en el año de 1361, la ciudad de Bolonia para la Santa Sede. Piero Farnese se distinguió en 1363 en la guerra de Pisa, y erigiósele, en la nave lateral derecha de la catedral de Florencia, un mausoleo que todavía se conserva (2).

Durante el terrible período del cisma, perseveraron los más de los individuos de aquella familia al lado de los Pontífices romanos; y Urbano VI, Bonifacio IX y Gregorio XII les dispensaron por esta causa muchas muestras de favor (3). Pero el propio fundador de la grandeza de la familia, que iba en continuo aumento, fué Ranuccio Farnese, á quien Martín V nombró Senador de Roma á 27 de Abril de 1417 (4). El Papa Colonna se mostró también en otras cosas por demás favorable á esta familia. Durante las turbulencias de los primeros años del reinado de Eugenio IV, Ranuccio Farnese le prestó, como adalid de las tropas pontificias, los mayores servicios; los cuales, por la falta de dinero de la Santa Sede, fueron recompensados con feudos, concedidos primero por tiempo limitado, y otorgados luego á perpetuidad. De esta suerte obtuvo Ranuccio la posesión de Latera, Valentano, Marta, Montalto, Cassano y Canino (5).

Las riquezas y propiedades de la familia Farnese habían aumentado ya notablemente cuando, por el matrimonio de Pedro

(1) Cf. Fabre, *Un registre caméral du card. Albornoz*, Paris 1887, 7.

(2) V. Litta Tav. X.

(3) **Petrus de Farneto, domicell. Castren. creatus capitaneus in prov. patrimon. b. Petri in Tuscia*, dat. Perusii IX Cal. Dec. Aº 10º. Lib. II bull. Urbani VI, f. 118; Arm. 37, t. 17, f. 468; cf. *ibid.* t. 40, f. 275 un *documento de Bonifacio IX, dat. IX Cal. Oct. Aº 13º (*Archivo secreto pontificio*) y Annibali I, 30, 33. Fumi, Orvieto 102 hace mención de un Nicola Farnese, que estaba al servicio del antipapa Clemente VII.

(4) V. Theiner, *Cod. dipl. dom. temp. III*, n. 165.

(5) V. Guiraud, *L'état pontifical après le grand schisme*, Paris 1896, 130 ss. cf. Carabelli, loc. cit., 31 s; Moroni XXIII, 195.